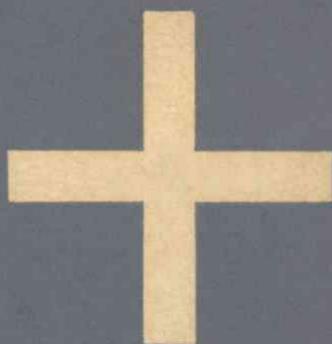


ISMAEL ERRAZURIZ G.



**ANUNCIAR
A JESUCRISTO**

ediciones paulinas

Ismael Errázuriz G.

Obispo Auxiliar de Santiago

Anunciar a Jesucristo

- La misión del sacerdote en la Iglesia y en el mundo.
- La misión del laico en la Iglesia y en el mundo.
- La misión de la Iglesia: anunciar a Jesucristo.

Ediciones Paulinas

PRESENTACION

D. Ismael, como Pastor de la Zona Oriente de la Iglesia de Santiago, tuvo una inquietud permanente: EL SERVICIO Y LA SALVACION de los hombres y mujeres de Ñuñoa, La Reina, La Florida y Puente Alto.

Su fe y amor a la Iglesia lo llevaron a expresar esa inquietud en un proyecto Pastoral, al que se entregó generosamente con toda su personalidad, empuje y humildad, en un contacto de amor activo y sereno, alegre y servidor. Este Proyecto fue el siguiente:

CONSTRUIR Y HACER PRESENTE EN ESTA ZONA, UNA IGLESIA VIVA EN LA FE, COHESIONADA EN EL AMOR Y COMPROMETIDA EN SERVICIO CON LA HISTORIA Y SECTORES QUE LA CIRCUNDAN.

A esto se entregó de lleno, metódica, sistemática y permanentemente y quienes tuvimos el privilegio de colaborar con D. Ismael, en esta tarea, siempre lo vimos comprometido en la ejecución de ella.

Su preocupación y quehacer permanente fueron los pilares de esta Iglesia: los sacerdotes, para que vivieran su existencia y misión pastoral en un ambiente de fraternidad decanal, centrado en las ideas básicas del Concilio Vaticano II y del Sínodo de Santiago.

Los laicos para que maduraran lúcidamente en la fe y vitalizaran la vida de la Iglesia a través de muchas y valiosas comunidades eclesiales de base.

También, y especialmente, los jóvenes, que agrupados en la Pastoral Juvenil, que él mismo animó y alimentó, trajeron un espíritu de renovación a nuestra Zona.

Las religiosas, que fueron animadas por él para reactualizar su vida consagrada en una vivencia mayor del espíritu comunitario y de servicio con la pastoral de la Iglesia.

D. Ismael prefirió, a las definiciones y palabras, el testimonio y el contacto. Sin embargo, su Proyecto básico y su responsabilidad de Obispo, lo condujeron a escribir su Mensaje, centrado en el Evangelio y en el Concilio.

Ahora, quienes colaboramos con él, reunimos sus escritos, algunos ya publicados: *La Misión del Sacerdote en la Iglesia y en el Mundo* — *La Misión del Laico en la Iglesia y en el Mundo* — y su mensaje póstumo, que dejó escrito y revisado tres días antes de su paso al Señor: *La Misión de la Iglesia: anunciar a Jesucristo.*

Así el pensamiento y la acción de D. Ismael seguirán presentes entre nosotros, animándonos en la edificación de la Iglesia de Cristo, única salvación para el hombre de hoy.

por el Consejo Pastoral Zona Oriente:
VICENTE AHUMADA

Septiembre de 1973

La misión del sacerdote
en la Iglesia y en el mundo

CARTA A LOS SACERDOTES

Estimado Hermano Sacerdote:

Observemos nuestra realidad

Para responder mejor a las necesidades apostólicas de Santiago, desde hace seis años se están realizando esfuerzos importantes de reflexión y estructuración pastoral.

Hemos realizado numerosas jornadas pastorales y estudios sociológicos. Nacieron las Zonas y los Decanatos.

El Sínodo Pastoral de 1966 confirmó estas realidades y definió al Decanato como "la unidad pastoral de base".

Sin embargo, la pastoral decanal no es fácil, cuesta equiparse, coordinarse y precisar objetivos comunes.

Además, como un nuevo elemento de incidencia pastoral, han aparecido, debido a la "explosión demográfica" de Santiago, los "conjuntos habitacionales" en nuestra Zona. Lo que hace cinco años atrás eran potreros, están poblados hoy día por millares de familias nuevas.

La antigua chacra Valparaíso es hoy día: Villa Frei, Jaime Eyzaguirre, Lo Plaza y Santa Julia: reúnen 50.000 habitantes.

Inmensos bloques de edificios, se han clavado en sectores residenciales. Inmensas poblaciones populares se han levantado rápidamente.

Estas nuevas estructuras habitacionales influyen notablemente en el modo de vivir de la gente. Las municipalidades se han dividido en "unidades vecinales" que están teniendo cada vez más influencia en la formación de comunidades humanas.

Los centros de atracción (supermercados, centros comerciales, plazas, escuelas, oficinas administrativas, teatros, etc.) y los ejes vitales de la locomoción colectiva, canalizan los encuentros humanos.

En medio de este rápido crecimiento han quedado sectores amplios, verdaderas "tierras de nadie" en cuanto a estructuras eclesiales.

La mentalidad de la gente está cambiando con acelerado ritmo, debido especialmente a los medios de comunicación social, al avance de la ciencia y de las técnicas, a la nueva fisonomía política del país.

La juventud tiene una mentalidad muy distinta a la generación anterior, busca vehemente nuevos caminos. Los versos de Machado, cantados por Serrat, reflejan su postura: "Caminante no hay camino, se hace camino al andar".

De las observaciones anteriores, surge la necesidad de renovar nuestra mentalidad, de revisar nuestras estructuras, para que sea posible una acción pastoral, eficazmente vitalizadora de nuestra Iglesia y que produzca en ella una notable fuerza evangelizadora.

No se trata solamente de técnica, de estructuras, de paliar la falta de sacerdotes, de mecanismos de mayor participación del clero y laicado. Se trata primero, de signos de Dios que nos indican nuevas rutas, y de iluminar esta realidad, con la luz de nuestra doctrina, para buscar las soluciones adecuadas.

Estas soluciones serán nuestras respuestas a lo que Dios quiere de nosotros hoy.

Desde que estoy trabajando pastoralmente con Uds. en nuestra Iglesia Zonal, tengo la preocupación constante que cumpla su misión de presencia del Señor, para esta generación y para las futuras. Las decisiones que tomemos hoy día, tendrán plenos resultados dentro de algunos años.

Es necesario que esta Iglesia Zonal, verdadera Iglesia particular, sea, auténticamente, la Iglesia de Jesucristo en las comunas de Ñuñoa, La Reina, La Florida y Puente Alto.

Una Iglesia, no sólo un conjunto de estructuras bien elaboradas, no una yuxtaposición de personas competentes, sino un cuerpo vivo, donde cada uno es responsable del conjunto.

Esta carta la dirijo a los sacerdotes de la Zona, como un sencillo servicio, para reactualizar su importante lugar, en el cuerpo vivo, que es el pueblo de Dios.

No pretenden estas páginas ser un estudio exhaustivo del presbiterado, sólo veremos algunos aspectos.

Convido a que releamos los textos conciliares que se refieren a nosotros; siempre nos ha hecho bien hacerlo; nos han ayudado a nuestra conversión interior, y a encontrar el rico sentido de nuestra labor pastoral.

Ofrezco a continuación el esquema de esta carta, para orientarnos en nuestra lectura.

**I: REFLEXION DOCTRINAL: UNIDAD Y
EVANGELIZACION, LAS DOS DIMENSIONES
DE LA IGLESIA**

- a. Construir la unidad.
- b. Evangelizar al mundo.

MISION DEL SACERDOTE:

- a. Formador de la unidad Comunitaria de la Iglesia. Comunidades de Base;
- b. Evangelizador, formador de la Fe. Formación de laicos.

EL SACERDOTE NO REALIZA ESTO, SOLO:

- a. Unidad entre los sacerdotes;
- b. Y con el Obispo;
- c. Y con los laicos.

**II: CONSECUENCIAS PASTORALES DE LA DOCTRINA
EXPUESTA:**

- a. El sacerdote debe dar prioridad a la formación de las Comunidades de Base y a la formación de laicos.
- b. Para la mejor eficacia de estas prioridades es preciso revisar las estructuras pastorales. Criterios para esta revisión.
- c. Problemas existenciales.

I

LAS DOS DIMENSIONES DE LA IGLESIA: UNIDAD Y MISION EVANGELIZADORA

La Constitución Dogmática "Lumen Gentium" sobre la Iglesia considerada en sí misma y la Constitución Pastoral "Gaudium et Spes" sobre la Iglesia al servicio del mundo, se complementan y constituyen un todo; manifiestan que la Iglesia *vive siempre "ad intra" y "ad extra"*.

Comunidad que se congrega para vivir sin cesar su unidad, ella está al mismo tiempo entera al servicio del mundo, evangelizando.

Estas dos dimensiones se atraen mutuamente, como ambos latidos del corazón, como las dos caras de una moneda.

Cristo, cuando se despidió de sus Apóstoles, anunció que la Iglesia evangelizaría con el signo de la unidad. *Realizarse en la unidad, como evangelizar el mundo*, son para la Iglesia necesidades igualmente vitales.

Cada vez que uno de los latidos de su corazón se olvida o se descuida por el otro, la vida de la Iglesia se deteriora, se enferma.

Reflexionemos sobre cada una de estas dimensiones, recurriendo al Vaticano II.

a. Construir la unidad

“El pueblo elegido de Dios *es uno*. . . común dignidad de los miembros por su regeneración en Cristo, gracia común de hijos, común vocación a la perfección. . . Aunque es cierto que algunos, por voluntad de Dios, han sido constituidos para los demás, como doctores, dispensadores de los misterios y pastores, sin embargo se da una verdadera igualdad entre todos, en lo referente a la dignidad y a la acción común a todos los fieles *para la edificación del Cuerpo de Cristo*”.

El Bautismo nos une a nosotros los sacerdotes, en todo al pueblo de Dios: somos parte de la unidad de la Iglesia, solidarios con los laicos, en virtud del mismo sacramento.

Los sacerdotes están al servicio de los hermanos, para construir la unidad.

“Apacienta a la familia de Dios, de tal suerte que sea cumplido por todos el nuevo mandamiento *de la caridad*. A cuyo propósito dice bellamente san Agustín: Si me asusta lo que soy para vosotros también me consuela lo que soy con vosotros. Para vosotros soy Obispo, *con vosotros soy cristiano*” (L. G. 32).

En el pueblo de Dios hemos recibido, Obispos y sacerdotes, por nuestra ordenación, una misión especial, que nos pone al humilde servicio de nuestros hermanos bautizados *para conducirlos en la unidad, al Reino de Dios*.

No somos supercristianos por ser sacerdotes.

Nuestra esperanza de salvación está en el Bautismo y en el servicio de los demás, en el ejercicio de nuestro sacerdocio, *en la construcción de la Iglesia*. “Vosotros sabéis que los príncipes de las naciones las subyugan y que los grandes imperan sobre ellas. No ha de ser así entre vosotros; al contrario, el que

entre vosotros quiera ser el primero, sea vuestro servidor, y el que entre vosotros quiera llegar a ser grande, sea vuestro servidor, así como el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido sino a servir a dar su vida en redención de muchos" (Mt. 20,25-28).

Este servicio para realizar la unidad, que es configurar la Iglesia viva del Señor, familia de Dios, se hace cada día, con las tensiones de esta vida. Sacerdotes y laicos juntos, pero especialmente confiadas a los sacerdotes.

b. Evangelizar al mundo

Recordemos el Concilio:

"Entidad social visible y comunidad espiritual, la Iglesia avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en Familia de Dios" (G. et S. 40).

"La comunidad cristiana se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia" (G. et S.).

"La actividad de la Iglesia tiene un solo fin: conseguir que todo lo bueno que hay depositado en la mente y el corazón de los hombres, en los ritos y en las culturas de los pueblos, no solamente no desaparezca, sino que cobre vigor y se eleve y se perfeccione para la gloria de Dios y felicidad del hombre" (L. G. 17).

La Iglesia está presente en el mundo, no es un cuerpo extraño que realiza su propio destino, no es un satélite.

La Iglesia está al servicio del mundo para salvarlo hoy, para guiarlo a su destino eterno.

A la manera como Cristo es la presencia visible de la salvación de Dios para los hombres, así también es la Iglesia hoy.

Por voluntad del Señor, la Iglesia es esencialmente misionera. La evangelización es el servicio de salvación.

“Id por el mundo entero, proclamad la buena nueva a toda la creación” (Mc. 16,18). “Seréis mis testigos en Jerusalén y hasta los confines de la tierra” (Hechos 1,8).

La salvación, Cristo la orienta ante todo a los pobres. El gran signo de la universalidad de la salvación, es que la Buena Nueva es anunciada a los pobres.

El anuncio a los pastores de Belén, y las palabras del Señor, lo confirman. “Id y referid a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y la Buena Nueva es anunciada a los pobres” (Mt. 11,3-5).

Es el signo más evidente que la salvación ha llegado al mundo.

Cuando el Evangelio es recibido por los pobres, como el don de Dios para ellos, se manifiesta la universalidad del amor de Cristo y de la salvación que trae a todos los hombres.

La gran inquietud, hoy, es el servicio de nuestra Iglesia, a un mundo como el nuestro, Chile, país que lucha por salir del subdesarrollo, legado por un sistema injusto, que ha producido riqueza para pocos y pobreza para muchos.

Tengamos fe en la fuerza de la salvación de Cristo, capaz de transformar a los hombres y a las estructuras, para cambiar este mundo en otro más justo.

Pensar que sólo la transformación de las estructuras salvará al hombre, que la política es el mejor resorte para esto, con toda la importancia que tiene, es reducir la salvación a un nivel humano y limitado.

El mundo está enfermo por el pecado —quién puede negarlo—; es incapaz de salvarse por sus solas fuerzas. La historia es pertinaz y lo demuestra una y otra vez.

Los cristianos, los sacerdotes, creemos que la Iglesia puede salvarlo con la fuerza de Cristo, ya en esta vida, con limitaciones todavía, hasta que venga el Reino del Señor, al final de los tiempos, para su salvación total y perfecta.

Somos del presente, con el cual nos comprometemos, luchando para que el Evangelio lo salve. “La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo” (G. et S. 39).

Somos del futuro, porque creemos que todo lo que hacemos es semilla para la cosecha final, que será perfecta, cuando el Señor venga.

Si olvidamos la tierra, por pensar en las cosas de lo alto, olvidamos encarnarnos como el Señor se encarnó.

Si olvidamos lo de Dios, por ser solamente de la tierra, pasamos a ser activistas, limitados como cualquier activista puramente humano.

MISION DEL SACERDOTE

a. Formador de la Unidad Comunitaria de la Iglesia. Comunidades de Base.

Para que la Iglesia se construya en la unidad, para que sea familia de Dios y no una masa, en la cual la impersonalidad y la incomunicabilidad matan la unidad, nos hemos propuesto trabajar para que surjan *las comunidades de base*.

Es un movimiento mundial, en toda la Iglesia, con los indicios claros de una renovación nacida del Concilio, e inspirada por el Espíritu del Señor.

Una herencia de individualismo, fruto de diversos factores históricos, ha desintegrado la unidad de la Iglesia.

Hoy, con la ayuda del Señor, lo tenemos muy claro, es preciso renovar la Iglesia en este sentido.

La Parroquia, poco a poco, tendrá que ser una gran comunidad de comunidades.

Hay que hacer posible que la Fe, la Esperanza y la Caridad, sean vividas en relación de persona a persona, en la comunidad.

Configurar la Iglesia así, significa pasar de una Iglesia marcadamente institución, a una que es principalmente familia, acogedora, testimonio de vida, de caridad.

Esta transformación tendrá una inmensa importancia en la salvación del mundo. La comunidad tiene una fuerza de servicio apostólico y de testimonio, que no la tiene la gran institución estructurada, que a los hombres parece lejana y fría.

Hermano sacerdote, habrá que preguntarse si en cada parroquia, en cada colegio, centro de padres, etc., se está trabajando por hacer surgir las comunidades de base.

Este esfuerzo es una prioridad en conciencia. Está en juego la comunidad, pueblo de Dios, familia de los hermanos del Señor, algo esencial a ella.

b. Evangelizador. Formador de la Fe. Formación de laicos.

La Iglesia tendrá capacidad evangelizadora, en la medida que los laicos que componen la inmensa mayoría de ella sean maduros en la Fe.

Es otra gran debilidad de la Iglesia, contar con pocos laicos formados en la Fe.

Se produce una deformación en muchos laicos: maduros y dotados de conocimientos humanos, pero débiles en su reflexión sobre la Fe. Nosotros tenemos buena parte de culpa.

El presbítero es el formador por excelencia.

“El Pueblo de Dios se congrega primeramente por la palabra de Dios vivo, que con toda razón es buscada en la boca de *los sacerdotes*” (P. O. 4).

La gran tarea del sacerdote, hoy, es predicar la Fe, formar.

Las parroquias, sin dejar de lado la vida sacramental, deben enfatizar la formación de la Fe. Hay que

buscar formas concretas para desligarse de tareas que no sean evangelizadoras.

Hay que organizar el tiempo para que la evangelización sea lo primero.

Deseo que todos juntos estudiemos las formas para que sea posible este predominio de la evangelización.

Una Parroquia con laicos formados, tiene fuerza apostólica.

EL SACERDOTE NO REALIZA SOLO LAS MISIONES DE FORMAR LA IGLESIA COMUNITARIA Y EVANGELIZADORA

a. Unidad entre los sacerdotes

Nos habla el Concilio. Convido a reflexionar sobre el texto que sigue, clave para nosotros.

“Los presbíteros, constituidos por la ordenación sacerdotal en el orden del presbiterado, se unen todos entre sí por íntima fraternidad sacerdotal; pero especialmente en la diócesis, a cuyo servicio se consagran bajo el propio Obispo, forman un solo colegio presbiteral. Porque aunque se entreguen a diversos menesteres ejercen, sin embargo, un solo ministerio sacerdotal en favor de los hombres. Y es así que todos los presbíteros son enviados para cooperar a la misma obra, ora ejerzan el ministerio parroquial o supraparroquial, ora se dediquen a la investigación o a la enseñanza, ora trabajen con sus manos, compartiendo la suerte de los obreros mismos. . . ., ora en fin, lleven a cabo otras obras apostólicas u ordenadas al apostolado. *Todos conspiran ciertamente a un mismo fin, la edificación del cuerpo de Cristo*, que, en nuestros días señaladamente, requiere múltiples organismos y nuevas acomodaciones. De ahí que sea de gran importancia que todos los sacerdotes diocesanos o religiosos, se ayuden mutuamente, a fin de ser siempre cooperadores de la verdad. Así pues, cada uno está unido con los restantes miembros

bros de este colegio presbiteral por especiales lazos de caridad apostólica, ministerio y fraternidad. . . De donde se sigue que todos y cada uno de los presbíteros están unidos con sus hermanos por el vínculo de la caridad, de la oración y de la omnímoda cooperación, y así se pone de manifiesto *aquella unidad con que Cristo quiso fueran los suyos consumados en uno, para que conociera el mundo que él había sido enviado por el Padre*" (P. O, 8).

Así como hay un "colegio episcopal" así hay "un orden del presbiterado" que vincula orgánica y sacramentalmente a los sacerdotes entre sí.

El presbiterio en nuestra diócesis es la forma concreta y localizada del "orden del presbiterado".

Las relaciones entre sacerdotes no son sólo una yuxtaposición o una colaboración práctica entre ellos; nacen de la unidad sacramental entre los sacerdotes, aquella unidad casi ontológica, por la cual forman una sola familia con el único Sacerdote: Jesucristo.

Es la unidad sacramental que los impulsa, en virtud de una gracia y exigencia interior, a trabajar en común, *para formar la Iglesia comunitaria y evangelizadora.*

La amistad se nutre y a la vez ayuda esta unidad sacramental y apostólica. El profundizar en este misterio del sacerdocio, nos convida a todos a una conversión profunda de mentalidad.

Si existe entre todos los sacerdotes un principio interno de cohesión, que los vincula en su diversidad de personalidades a un centro, Jesucristo, no podemos trabajar aisladamente, cerrados en nuestro individualismo.

Como miembros del presbiterio, tenemos deberes respecto a él.

Cualquiera que sea la función de cada uno, debe aportar lo mejor a la vida del presbiterio.

b. Unidad con el Obispo

El Obispo no es posible pensarlo aislado, en el cumplimiento de la misión que le ha confiado Cristo.

“Todos los presbíteros, a una con los Obispos, de tal forma participan del mismo y único sacerdocio y ministerio de Cristo, que la misma unidad de consagración y misión requiere su comunión jerárquica con el orden de los Obispos, que de vez en cuando ponen muy bien de manifiesto en la concelebración litúrgica, y con ellos unidos profesan celebrar la sinaxis eucarística. Síguese que, por el don del Espíritu Santo que se da a los presbíteros en la sagrada ordenación, los Obispos los tienen *como colaboradores* y consejeros necesarios en el ministerio de enseñar, santificar y apacentar al Pueblo de Dios” (P. O. 7).

El texto es claro, debemos todos realizar un esfuerzo para estrechar las relaciones entre el Obispo y los sacerdotes.

Si es “la unidad de consagración y de misión” la que hace partícipes a los sacerdotes del cargo pastoral del Obispo, *no son ellos súbditos que ejecutan órdenes, sino cooperadores*. Debemos vivir esto como expresión profunda de la realidad sacerdotal y episcopal, ayudando esta vivencia, con la amistad y el diálogo confiado.

c. Unidad con los laicos

“Los sacerdotes del Nuevo Testamento, si bien es cierto que, por razón del sacramento del orden, de-

sempeñan en el Pueblo de Dios y por el Pueblo de Dios un oficio excelentísimo y necesario de padres y maestros, son, sin embargo, juntamente con todos los fieles, discípulos del Señor que por la gracia de Dios que llama, fueron hechos partícipes de su reino. Porque, regenerados como todos en las fuentes del Bautismo, los presbíteros *son hermanos entre sus hermanos*, como miembros de un solo y mismo Cuerpo de Cristo, *cuya edificación ha sido encomendada a todos*" (P.O. 9).

Todos formamos un todo en el Pueblo de Dios. Cada uno cumple una misión, pero dentro de una familia, de un cuerpo.

En la medida que nuestra acción apostólica sea de Iglesia, será más viva, profunda y eficaz.

Será de Iglesia, si los laicos están integrados, con espíritu de Iglesia, de hermandad.

Debemos hacer un esfuerzo serio en este sentido. Evitar todo tipo de paternalismo. *Que los laicos se sientan junto a nosotros, colaboradores tan responsables, como nosotros, de la Iglesia, de su unidad comunitaria y de su fuerza evangelizadora.*

II

CONSECUENCIAS PASTORALES DE LA DOCTRINA EXPUESTA

- a. El Sacerdote debe dar prioridad a la formación de comunidades de base y a la formación de los laicos.**

Ya estas ideas han aparecido en las consideraciones doctrinales; *las formas concretas* debemos estudiarlas juntos, revisar la metodología que se ha empleado, intercambiar experiencias para ayudarnos unos a otros en otra tarea tan fundamental hoy en la Iglesia.

- b. Para la mejor eficacia de estas prioridades, es preciso revisar las estructuras pastorales. Criterios para la revisión:**

La estructura no es lo principal, pero ayuda o dificulta. Tenemos que estudiar juntos, para buscar soluciones, seguramente diversificadas, según los casos.

Algunos piden sectores de mayor homogeneidad social. ¿Es conveniente?

Se estima que convendría reducir la dimensión de algunos decanatos, para hacer más posible al decano su atención.

¿Cómo atender pastoralmente a los nuevos conjuntos habitacionales?

La presencia y servicio de la Iglesia, en las inmensas

poblaciones populares nuevas, requiere tomar decisiones, para realmente cumplir con el imperativo del Señor: "Que la Buena Nueva llegue a los pobres". ¿Qué haremos?

También se puede pensar en equipos sacerdotales que asuman unidades pastorales. Varias son las soluciones que se pueden conversar.

c. Problemas existenciales

Algunos sacerdotes se sienten hoy tensos, ineficaces. Entre todos tenemos que ayudarnos a buscar la distensión de la vida sacerdotal, en la oración y en el diálogo fraternal.

Cuando no estamos creando, cuando nos sentimos infecundos, no hay alegría en nosotros. Estoy convencido que si *formamos laicos y comunidades de base* que vitalicen la Iglesia, y éstos y éstas sean el eficaz servicio de la Iglesia a este mundo de hoy en Chile, sentiremos que somos fecundos, creadores, eficaces. No caigamos en la tentación de gemir por nosotros mismos, mirándonos demasiado a nosotros mismos. Seamos formadores, movamos la Iglesia, animemos el mundo y a Chile.

¿Qué grupo humano no tiene problemas?

Yo pido al Señor que seamos todos *Hombres de Fe*, con todo lo que significa ser *hombre*, resistente, creador, fecundo, *de Fe*, iluminando lo que sucede con nuestro Evangelio. Con Fe en la Oración, en Dios, que está presente a pesar de todas las complicaciones de este mundo de hoy.

Fe, para no enredarnos en la lógica puramente humana, que nos lleva a callejones sin salida.

Pido al Señor que nuestro Presbiterio, conmigo, sea un sólo corazón y una sola alma, para ser verdad de Cristo y familia Iglesia, servicio a Chile.

19 de septiembre de 1971.

**La misión del laico en la
Iglesia y en el mundo**

CARTA A LOS LAICOS

Muy Estimados Amigos:

Muchos de Uds. han formado numerosas Comunidades de Base, otros están comprometidos en valiosas actividades de la Iglesia, en Parroquias, Colegios, Movimientos, etc., y a la vez, todos, como chilenos, en múltiples actividades cívicas y políticas, que son el nervio de la vida de nuestra Patria y de su progreso.

También hay un número apreciable que, habiendo sido bautizados, han perdido el vínculo con su Iglesia, que un día los recibió con cariño y, hoy, los ve alejados con pena.

A todos me dirijo muy afectuosamente con el único afán de ayudarlos, con sencillez, a recordar y revivir lo valioso de la misión que Cristo ha entregado a su Iglesia, para ser el alma de este mundo.

En nuestras conversaciones, cuando nos hemos encontrado en reuniones o contactos personales, me he dado cuenta que existen en el fondo varias interrogantes en Uds. ¿Cómo asumir nuestras responsabilidades en la Iglesia y en el mundo?

¿Qué significa comprometerse; qué es un laico comprometido?

¿Cómo lograr que en la Iglesia el papel del laicado vaya adquiriendo cada vez más fuerza e importancia?

Como no hay precisión respecto a los términos *laico* y *laicado* —a pesar de que se usan mucho— quisiera, en primer término, explicar a la luz del Concilio qué es un laico, qué significa laicado, y, sobre todo, su importante lugar en la Iglesia y en Chile, al mismo tiempo que cómo responder a estos valiosos compromisos.

Para facilitar la lectura de este documento expongo a continuación un breve índice:

I. ¿QUE ES UN LAICO ADULTO EN LA FE?

Miembro del pueblo de Dios.

Lo que supone:

— Ser cristiano de Fe madura.

Lo que a su vez supone:

— Vínculo personal con Cristo.

— Miembro comprometido con la Iglesia.

— Miembro comprometido con Chile.

II. MISION DEL LAICO Y DEL LAICADO EN LA VIDA Y EN LA ACTIVIDAD DE LA IGLESIA

1. El hogar familiar.

2. La Parroquia, el Decanato y la Zona.

Tareas litúrgicas, evangelizadoras, catequísticas, caritativas.

Administración material.

3. Actitud misionera

en los ambientes cotidianos de vida.

III. MISION DEL LAICADO EN CHILE

1. El desarrollo:
participación en la creación de Dios.
2. La Liberación:
participación en la Redención.
3. Cómo vivir estas misiones.

IV. CONDICIONES ESPIRITUALES DE LA VIDA APOSTOLICA DEL LAICO

1. El lugar de Dios en la vida de un cristiano:
— oración,
— revisión de vida.
2. El diálogo con los hombres.
3. El diálogo entre las comunidades.
4. La colaboración con los sacerdotes.

I. ¿QUE ES UN LAICO ADULTO EN LA FE?

Decir que un laico es aquel que no es ni sacerdote ni religioso, es ponernos en una perspectiva negativa. El Concilio nos da en cambio una descripción positiva:

“Fieles cristianos que por estar incorporados a Cristo mediante el Bautismo, constituidos en Pueblo de Dios y hechos partícipes a su manera de la función sacerdotal, real y profética de J.C., ejercen por su parte la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo. El carácter secular es propio y peculiar de los laicos” (Constitución sobre la Iglesia, N° 31).

1. El laico es un miembro del pueblo de Dios (la Iglesia)

El Bautismo hace al laico miembro del pueblo de Dios (2º capítulo de la Constitución sobre la Iglesia).

La idea de pueblo, que incluye a los laicos, está desde los comienzos de la Iglesia.

“Desde el principio, Dios se dignó tomar para sí un pueblo de entre los gentiles” (Hechos 15,14).

San Pedro escribía a los cristianos: “Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido en posesión por Dios para que pregoneis las magnificencias del que os llamó de las tinieblas a su maravillosa luz. Vosotros, que en un

tiempo no erais pueblo, sois ahora Pueblo de Dios” (1 Pedro 2,9-10).

Todos formamos el *Pueblo de Dios*: Obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos.

San Agustín dice: “Para vosotros soy el Obispo, con vosotros soy cristiano”.

¿Qué función tienen los laicos en la Iglesia? ¿En qué es distinta de la de los Obispos y presbíteros?

El “para vosotros soy el Obispo” de san Agustín, nos indica que algunos cristianos reciben el sacramento del orden, el cual les confiere un carácter especial que los dedica especialmente al servicio de los laicos en la Iglesia, en la educación de la Fe y la vitalización cristiana, mediante los sacramentos. Su acción es perfectamente en el interior de la Iglesia; en cambio los laicos se comprometen en el mundo, para ser presencia de la Iglesia y de Cristo, en la vida diaria, ser los evangelizadores en el medio donde están trabajando, reuniéndose con los demás compatriotas.

Ya en 1946, Pío XII señalaba que “los laicos están en los puestos más avanzados de la vida de la Iglesia. Por ellos la Iglesia es el *alma de la comunidad humana*. Por eso, deben siempre tomar conciencia, no sólo que pertenecen a la Iglesia, sino también que *son la Iglesia*”.

El Concilio dice: “Lo que es el alma en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo” (Iglesia, Nº 38).

Los laicos pertenecen a la Iglesia y al mundo, a la ciudad temporal.

Su presencia en el mundo puede ser un signo positivo o negativo, de la presencia de la Iglesia. Es un

hermoso desafío, tiene sus riesgos, pero también sus inmensas posibilidades y satisfacciones.

En la Iglesia son ellos que aportan la mejor experiencia del mundo, si realmente están comprometidos con él.

Para ser laico responsable, hay que guardar fidelidad a la Iglesia y al mundo. Si una de estas falla, el laico queda limitado; para ser fiel al mundo hay que ser fiel a la Iglesia y para ser fiel a la Iglesia hay que ser fiel al mundo.

Todo esto no en teoría, sino en concreto, ahora, con nuestra Iglesia presente en Santiago, con nuestro Chile, en el proceso histórico actual.

La Iglesia es la familia, compuesta de Obispo, presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas, laicos, cada uno cumpliendo su misión en el conjunto. Si uno de estos engranajes no funciona, la Iglesia se enferma. Se hace ineficaz en la misión que el Señor le ha confiado.

Los laicos en esta Familia-Iglesia son irremplazables, importantísimos; son la fuerza inmensa de la Iglesia en su presencia histórica en el mundo de hoy.

2. El laico debe ser hombre de fe madura. Adulto en la fe.

Esto significa:

a) Laico comprometido con Cristo

Sabe que un vínculo personal lo une con él. Lo encuentra en la oración, en los sacramentos, en el trabajo, en las personas, en las relaciones humanas, en lo que sucede, porque el Señor está presente en todo, hay que saber descubrirlo y su ausencia llama tam-

bién a pensar en él, porque es la presencia del pecado, del mal.

La Fe es para el laico un encuentro personal con Cristo. No es adhesión a un sistema de ideas hermosas, sino al Señor, que a su vez nos enseña su criterio, para que lo compartamos con él, al compartir su amistad.

Esto significa sentirse *responsable* de su destino espiritual y temporal frente a Cristo, y seguir adelante sin cansarse, y recuperarse, a pesar de las flaquezas, porque la relación es con un amigo, Cristo, que es el Salvador.

b) Laico comprometido con la Iglesia

La Iglesia es su familia, en ella encuentra su ambiente vital. No sólo pertenece a la Iglesia, como se pertenece a cualquier institución, es más, *el laico es Iglesia*, y esta vivencia le produce alegría, entusiasmo, sin arrogancia ni agresividad con los demás.

Como miembro de esta familia vive en unión profunda, de corazón, con todos sus hermanos en la Fe, aunque no coincidan en las opciones temporales y políticas. Sabe amar a sus hermanos sobre todas las diferencias, esa es el alma de la caridad.

La unión fraternal es el testimonio visible que Cristo pidió a su Padre, para que el mundo crea en él. Esto es muy serio.

Para que el mensaje de salvación llegue, no pueden los miembros de la Iglesia calificarse unos a otros, así se pone barrera al diálogo enriquecedor basado en el Evangelio.

Que el cristiano tenga posiciones distintas, pensamientos políticos diferentes, es bueno, denota personalidad, búsqueda sincera, enriquece al conjunto

de la Iglesia, que está al servicio del hombre de Chile. Lo que es malo, es que en vez de decir los que buscan la Iglesia "miren cómo se aman", tengan que decir "miren cómo pelean".

Hay un estilo de disentir cristiano, y hay un estilo de disentir puramente humano: el primero contiene amor, el segundo, intolerancia, sectarismo.

El laico comprende que, siendo Iglesia, tiene la *responsabilidad*, por encargo del Señor, del destino de todos los hombres. La Iglesia está para salvar a todos, hoy y mañana, cuando el Señor venga.

Esta responsabilidad es de Iglesia, por eso se integra en la Parroquia, en los movimientos y Comunidades de Base para ser apostolado de Iglesia, bajo la dirección del Pastor, del Obispo, y así se está realizando una Pastoral de conjunto, que hace posible a la Iglesia actuar orgánicamente.

También es apostolado cuando el laico actúa personalmente, en su ambiente, trabajo, relaciones sociales. Siempre es miembro activo de la Iglesia; en ese caso actúa como apóstol, aunque no esté en la pastoral orgánica de la Iglesia, teniendo presente que su criterio pastoral debe estar concorde con la Iglesia como conjunto, criterio especialmente expresado por las directivas pastorales.

e) **Laico comprometido con Chile**

Se siente miembro de la ciudad de los hombres, se compromete con creyentes y no creyentes, para construir un mundo más justo y fraternal.

Siente la *responsabilidad* de colaborar, en el momento histórico chileno de hoy, con todos los que luchan por estos ideales, sin perder su personalidad de cristiano sino aportándola en esta colaboración.

El plan de Dios es que este mundo sea lo mejor posible para el hombre: para eso lo creó; y que en él, todos participen de la abundancia de los dones, que él allí va derramando. Viviendo en la fraternidad y el amor, se construye el reino de los hombres junto con el reino de Dios, que si se separan, el hombre termina por destruirse: cada vez que los hombres organizan la tierra sin Dios, terminan organizándola contra el hombre.

Vivir comprometido con Cristo, con la Iglesia y con Chile, son las características del laico adulto y maduro en la Fe.

Lo importante es tomar conciencia de estas condiciones para madurar como laico de Iglesia. No hay que desanimarse por las limitaciones, fruto de muchos años en que el laicado no había tomado toda su responsabilidad en la Iglesia, por causas que no es del caso analizar.

Lo que interesa ahora es solucionar los problemas y buscar la madurez del compromiso con Cristo, con la Iglesia y Chile, acudiendo a los servicios que se están ofreciendo en la Zona, en los Decanatos, en las Parroquias, Movimientos, Colegios, para ayudar a esta madurez. Son servicios de formación, de vida comunitaria, de vida litúrgica, que ayudan enormemente en esta maduración y compromisos.

II. MISION DEL LAICO Y DEL LAICADO EN LA VIDA Y EN LA ACTIVIDAD DE LA IGLESIA

Para vivir la Iglesia, hay que vivir sus comunidades, que comienzan desde el hogar familiar, hasta la comunidad de la Iglesia en la Diócesis.

La vitalidad de todas estas comunidades que iremos describiendo, depende de la vida que los laicos le den.

1. El hogar familiar

La reunión de los Obispos de América Latina en Medellín describió a la familia como: *formadora de personas, educadora en la Fe, promotora del desarrollo*.

Esta definición contiene toda la riqueza del hogar, célula básica de la Iglesia y de la sociedad.

Un hogar cristiano es la Iglesia en pequeño, una "Iglesia doméstica".

La gracia del sacramento es precisamente para que esta "Iglesia, hogar", vaya madurando, consolidándose, viviendo.

Formadora de personas en la libertad: en el hogar no sólo debe vivir, sino aprender a amarse, todos, padres e hijos. Aprender todos a vivir en libertad,

confiando unos en otros, porque la libertad y el amor, que van unidos, son confianza.

Educadora de la Fe, en lo cual todos se ayudan, especialmente los padres a los hijos, para que la Fe sea la fuerza de sus vidas, la luz que les interprete este mundo y el que viene.

Promotora del desarrollo. Familias con fuerza de amor interno, lo proyectan a los demás, y saben que el desarrollo es la concreción de la caridad y de la justicia.

Obra creadora, puesto que al nacer un niño se prosigue la maravillosa actividad creadora de Dios, la preferida por él: dar la vida.

La familia cristiana tiene la valiosa misión de participar en la maternidad espiritual de la Iglesia, que engendra, alimenta y educa a sus miembros: el pueblo de Dios.

2. La Parroquia, el Decanato y la Zona

Tareas evangelizadoras, catequísticas, litúrgicas, caritativas, administrativas.

Su calidad de "miembro del pueblo sacerdotal", que es la Iglesia, da a los laicos un papel activo en la misión formadora de la Iglesia, en la liturgia y en la actividad caritativa.

Estas tres misiones son la vida misma de la Iglesia, el Señor se las dejó especificadas en el encargo que les entregó a los Apóstoles: "*Vayan y enseñen a todas las gentes. Bautícenlos en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado*" (Mt. 28,19-20).

- *Enseñen*: hay múltiples tareas de entrega de la Fe, que los laicos están en excelentes condiciones de realizar. Preparación de los padres, cuyos hijos van a ser bautizados, de los niños que van a recibir la primera Eucaristía o la Confirmación. Padres e hijos necesitan ser formados, en este caso, para que la acción del hogar sea decisiva en esta etapa de catequesis.

Preparación de los novios, que necesitan de reuniones y charlas previas a su matrimonio, para que sea celebrado con la mayor madurez cristiana posible.

Profesores, en las escuelas particulares y fiscales. Formadores de mamás guías y mamás catequistas, que son decisivas en la educación cristiana de los niños.

Presencia en los medios de comunicación social, que son el medio providencial, que el mismo Creador nos ofrece, para difundir el mensaje de Cristo en el lenguaje de los hombres de hoy, para ayudar a que Chile sea más fraterno, y se libere de la injusticia, que es el pecado social de hoy, y descubra la riqueza humana y espiritual del Evangelio.

Sería largo enumerar tantos campos en los cuales el laico es irremplazable en la misión que el Señor le encomendó a la Iglesia: enseñar.

- *En la misión de "bautícenlos"* está incluida toda la vida sacramental y litúrgica de la Iglesia. Al laico cada vez más le está tocando participar en la liturgia: lectores, miembros de coros, los que dan la Comunión, comentaristas y participantes activos en los sacramentos, lo hacen un colaborador eficaz del presidente de la liturgia, que es el sacerdote.

- *El "enseñar a cumplir lo que les he encomendado"* encierra fundamentalmente la enseñanza más

importante del Señor: *el amarse unos a otros, como él nos ha amado.*

El laico vivifica con su presencia, abnegación, toda la obra caritativa de la Iglesia: ayuda fraterna, polí-clínicos, clubes de ancianos, visita a hospitales, etc., pero sobre todo se compromete para que el sistema de la sociedad cambie, de manera que superemos estas penosas situaciones de pobreza y desamparo.

Cuando los Estados no realizaban estas funciones, la Iglesia, consciente de su misión, hizo inmensos esfuerzos para tener toda clase de obras asistenciales: hospitales, orfanotrofios, etc.

Hoy el Estado ha asumido, con sus grandes posibilidades económicas, estas funciones. El laico debe colaborar a toda esta obra estatal, poniendo el alma cristiana de la caridad a la frialdad que se produce en los sistemas de atención estatales.

Sin embargo, como para el Estado es imposible atender todas las necesidades, siempre quedará para los laicos de la Iglesia un gran campo de acción, especialmente en Chile, donde la mayoría está sub-alimentada y con pésimas condiciones de alojamiento.

En fin, los laicos, que tienen mucha experiencia en la conducción de asuntos temporales, deben tomar a su cargo la parte administrativa de su comunidad eclesial, sea Zona, decanato o parroquia. Así, los sacerdotes quedan más libres para dedicarse a su tarea más específica de evangelización. Conseguir los medios materiales para la comunidad es también una forma de apostolado.

3. Actitud Misionera en los ambientes de vida cristiana

Los laicos anuncian el Evangelio por el testimonio de su vida y sus palabras, en todos los sectores donde están presentes: barrios, oficinas, talleres, tiendas, empresas, etc.

Están en tantas agrupaciones que determinan la vida cívica, se encuentran con cristianos y no cristianos.

Los laicos, donde están, son la presencia de la Iglesia, porque son sus miembros, y sus actos son juzgados, por los demás, como actos de la Iglesia, y son referidos al Evangelio: inmensa responsabilidad, pero a la vez maravillosa oportunidad, de ofrecer con gusto la solución evangélica, para los problemas de los hombres de hoy en Chile.

Esta tarea toma tiempo, tiene sus dificultades, no produce resultados espectaculares, ni inmediatos, pero va siendo semilla de inquietud y va planteando interrogantes, que traen consecuencias muy fructíferas, como tantas veces lo ha demostrado la historia. Nada se pierde del apostolado sencillo y sincero de un laico en su vida.

Sin embargo, como esta misión es dura y desgasta, es de toda conveniencia que el laico se integre en Comunidades de Base o en Movimientos apostólicos, donde encuentre el lugar para rehacerse espiritualmente en la ayuda mutua, que produce el diálogo cristiano interno, y así vuelva renovado a su acción apostólica.

Además, para servir a este mundo de hoy, tan complejo, con el mensaje del Señor, se hace necesario organizarse, a fin de no perder energías estérilmente en acciones dispersas.

El laico no puede considerar su apostolado como algo accesorio y opcional. Pablo VI lo advierte: "La participación en la misión de la Iglesia está abierta a todos los cristianos, hijos suyos, abierta pero obligatoria. Porque no debe existir *un miembro inerte y pasivo en el Cuerpo Místico de Cristo*; todos y cada uno deben colaborar, de forma diversa y en medida desigual, pero con común responsabilidad en la actuación apostólica de la Iglesia".

III. MISION DEL LAICADO EN CHILE

Presencia de la Iglesia en el mundo, para comprenderlo, amarlo, servirlo, fue y sigue siendo la motivación de fondo del Concilio Vaticano II.

Dios, en su plan maravilloso, desea que este mundo sea casa grata para todos los hombres, que la creación sea perfeccionada por el hombre, y que junto con esto el hombre encuentre en el amor a su creador y a sus hermanos los hombres, su perfección y auténtica felicidad, preparándose en esta forma para la culminación del plan de Dios, que es la recreación de este mundo en uno nuevo, perfecto, al final de los tiempos, cuando suceda la resurrección.

Construir el Reino de Dios es construir la felicidad del hombre. Esto ofrece la Iglesia, sabiendo que este es el plan de Dios, y que es lo mejor para el hombre, y en concreto para el chileno en nuestra Patria.

1. El desarrollo, en Chile, participación en la creación de Dios.

La misión de un cristiano es la de construir un Chile mejor, de manera que el plan de Dios se realice, para bien de sus conciudadanos.

Hay innumerables opciones, en muchas de ellas debe estar presente, desde luego, como ya dijimos en el hogar, promotor del progreso.

El trabajo tiene un lugar muy importante en el bienestar común: producir, hoy, en Chile, es un deber de conciencia de todo cristiano, en cualquier nivel de trabajo que esté, para salir de nuestro subdesarrollo; limitación que hemos puesto a la creación de Dios, en nuestra Patria. Deber que a veces encuentra dificultades. Hay que luchar para que ellas sean vencidas y se produzcan los bienes necesarios al bienestar común.

Es necesario participar en las organizaciones colectivas que modelan las estructuras de Chile. Campo inmenso, abierto a toda clase de condiciones personales: asociaciones familiares, sindicatos, partidos políticos, vida municipal, vecinal, legislativa, actividades culturales, deportivas, organizaciones educacionales, etc.

Para el cristiano no hay tarea profana, toda acción temporal es una acción del Reino de Dios, está obedeciendo al mandato del Creador, que busca la felicidad de sus hijos: "Fructificad, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla" (Génesis).

2. La liberación: participación en la Redención

El Bautismo entregó a los laicos el encargo de hacer presente a la Iglesia, como servidora, en el mundo que se está construyendo, y así, por medio de ellos, anuncia la Iglesia el Evangelio de salvación.

Este mundo, en nuestro caso Chile, tiene problemas para construirse materialmente, sin destruirse espiritualmente (lo cual sería el fracaso): son el pecado, el egoísmo. Cristo vino para salvar al mundo de estos males destructores. Trajo el amor, la resurrección.

El laico prolonga la salvación de Cristo. Esta es la verdadera liberación.

Sin ella, el mundo es lucha, es destrucción de unos a otros.

Nada se saca con progresar materialmente, si no está presente esta alma cristiana, que da a Chile fraternidad. Es la utopía penosa de todo materialismo.

El cristiano, por amor a sus hermanos chilenos, debe luchar por la auténtica liberación de Cristo, que no se impone, se ofrece por amor.

Cuando al laico le toca sufrir en esta liberación, luchando contra las injusticias, contra el mal, la mentira, el sectarismo, sabe que este dolor es liberador y salvador, aunque tenga visos de fracaso, porque así "completa en su carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia". La Iglesia se vivifica y tiene más fuerza para liberar al mundo, gracias al dolor.

A fin de tener siempre referencia al cristianismo en la obra de liberación es indispensable que el laico reflexione continuamente en el Evangelio, personalmente y en grupos, Comunidades de Base, así el criterio del Evangelio lo irá impregnando y actuará espontánea y seguramente en su acción temporal.

3. Cómo vivir estas dos misiones: participación en la creación y en la Redención

El cristiano no debe olvidar jamás el problema del hombre, y se une a todos los hombres, creyentes o no, en la acción de mejorar el mundo.

Para el cristiano todo hombre es un hermano, es su hermano, es Cristo.

Le toca vivir en un barrio, encontrarse en un lugar de trabajo con otros hombres que él no escogió, Dios hizo esta elección. Es el ambiente en el cual Dios lo pone, para ser presencia de Iglesia.

El cristiano ha de ser el hombre que promueve la fraternidad. En Chile hay demasiadas divisiones, odios de clases, que son esterilizantes en la construcción de una Patria mejor.

El laico de Iglesia debe ser lúcidamente cristiano para advertir que esta división en clases, partidos, facciones, pospone gravemente *a la persona, al hombre*, quien es digno de toda nuestra atención, apoyo, para su desarrollo y cristiana liberación.

IV. CONDICIONES ESPIRITUALES DE LA VIDA APOSTOLICA DEL LAICO

1. Diálogo con Dios

La presencia de Dios es fundamental en la vida del laico, para vivir con autenticidad y fuerza su misión en la Iglesia.

1. *La oración*, este diálogo con el Señor, es el que da fuerzas, él lo prometió. Oración que es participación en la Misa dominical, rezar en algún momento del día, estar en diálogo con el Señor en el día, en todo lo que sucede, en el contacto con las personas, porque Dios está en todo.

Es una unión normal, serena, alimentada por la reflexión en el Evangelio, personal o en grupos, o Comunidades de Base.

Hay dos peligros en la vida laical, uno es ser "horizontalista": todo a nivel humano, como si de hecho Dios no existiera; el otro, "verticalista": sólo pensar en Dios, arriba, como si Dios no estuviera en su creación, en las personas, en todo lo justo, bueno y hermoso que se realiza en esta vida.

Si Cristo es el centro de la vida, todo se relacionará con él, normalmente, sin posiciones, ni sentimientos forzados. Es el amigo con quien se conserva en el día, alimentado este diálogo por el Evangelio, cuya inspiración y criterio está presente, como connatural en la vida del cristiano.

La Comunidad de Base, los grupos, los Movimientos, ayudan notablemente en el profundizar la vida espiritual. En las reuniones se dialoga sobre el Evangelio, pero no en teoría, sino tomando hechos de la vida para iluminarlos con el criterio de la palabra de Dios. El Señor nos dejó su enseñanza para que la viviéramos, no para deleitarnos con ella solamente, en reuniones muy espirituales. Es la vida la que debe cambiar, ayudados por la palabra de Dios, que le da un nuevo significado a todo.

Esta vivencia de la palabra da fuerza, sentido y alegría a la vida, este es el resultado de las reuniones de las Comunidades de Base, tan importantes para el vivir cristiano, no sólo, sino ayudado por los hermanos miembros de la Iglesia.

2. El diálogo con los hombres.

El cristiano es el hombre del diálogo. La palabra, maravillosa cualidad humana, crea vínculos. Penetra en el corazón humano, y crea el amor, la amistad.

La palabra comunica a Dios, evangeliza.

Abrir diálogo es realmente un arte interesante.

El Evangelio nos muestra a Jesús dialogando con la samaritana, con los discípulos de Emaús.

El Señor pregunta una o varias veces, escucha con paciencia las respuestas, y por último ilumina con su doctrina, con la Fe.

Dialogar parece fácil y sencillo, sin embargo cuesta. Es necesario estar dispuestos a escuchar, a descubrir las verdades que el otro nos trasmite y dispuestos a renunciar a nuestros puntos de vista, si vemos que están equivocados.

¡Cuántas reuniones perdidas porque nadie sabe escuchar, todos quieren imponer su punto de vista!

No hay deseo de intercambiar, sino de imponerse.

Para el cristiano, dialogar requiere: *humildad*, para ponerse al servicio de los demás, como quien sirve al Señor en el hermano. No pretende infantilmente quedarse con la última palabra.

Desinterés: el cristiano no es un conquistador, sino el que respeta la libertad de su hermano y los caminos misteriosos del Espíritu Santo, que habla en cada persona.

Generosidad: no es fácil a veces salir de sí mismo, dominar el cansancio, sobreponerse al tedio y a la timidez.

3. Diálogo entre las comunidades

La Iglesia, en la Diócesis, debe ser cada vez más una familia, para ser auténtica Iglesia de Cristo.

Decanatos, Parroquias, Comunidades de Base, Movimientos, son los organismos vivos, que unidos, coordinados, forman la Iglesia en la Zona, para ser presencia del Señor en este sector de Santiago, que la providencia de Dios nos encarga.

Esto supone que todas estas comunidades sean abiertas, comprensivas unas con otras, dispuestas a ayudarse en todo sentido, pastoral y económico.

La justicia social, que predicamos y queremos vivir, parte por esta colaboración económica, mediante la cual, por la Contribución a la Iglesia, los que tienen más posibilidades, ayudan a los que tienen menos.

Supone esta colaboración romper el individualismo en el trabajo pastoral, intercomunicarse experiencias y ayudarse mutuamente.

Las Comunidades de Base son de suma importancia en estos momentos, porque son la urgente renovación de la Iglesia, para salir de una Iglesia vivida con individualismo, a una Iglesia, familia de Dios, en la cual no se acuda a ciertos servicios de la Iglesia, como interesado usuario, *sino se viva, se participe de toda su vida, en fraternidad.*

Todo lo que hagamos en cuanto a Comunidades de Base, será de sumo provecho para nuestra Iglesia. Es la voz del Espíritu Santo que está impulsando esta vital renovación en muchas de nuestras parroquias; a medida que ellas se van configurando con Comunidades de Base, van tomando características de familia, de comunidad de comunidades.

Esta nueva experiencia ha hecho a muchos, que ahora están en Comunidades de Base, decir: "Antes miraba a la Iglesia y acudía pasivamente a una Misa dominical, ahora vivo la Iglesia, junto con mis hermanos miembros de la Iglesia".

4. La colaboración con los sacerdotes

La acción concertada y muy fraternal del clero y el laicado es esencial en la Iglesia de hoy. Ambos se necesitan mutuamente, la Iglesia los necesita a ambos.

El diálogo entre ellos es enriquecedor, el laico aporta toda su experiencia concreta de la vida, el sacerdote trata de iluminarla con el Evangelio.

La amistad los fortalece a ambos, la soledad del sacerdote requiere de la presencia de familias que lo acojan y se sienta en un hogar. La presencia de un hombre que por el reino de Dios ha renunciado a una familia, fortalece la Fe de los hogares, comprendiendo que sobre los valores humanos hay

otros, por los cuales vale la pena entregarse con generosidad.

Al terminar esta exposición sobre la misión del laico, en la Iglesia y en el mundo, me da la impresión que he presentado un cuadro un poco abrumador.

No se puede realizarlo todo de una vez, pero sí hay que tenerlo presente, para ir cumpliendo etapas, buscar prioridades. Debemos llegar a la totalidad, para que la Iglesia en la Zona sea rica en toda su plenitud de vida.

Las Comunidades de Base y la formación en la Fe de los laicos, son las vigas maestras de nuestro plan pastoral para tener una Iglesia viva y eficazmente servidora del Chile de hoy, que en este sector se manifiesta en poblaciones nuevas y pujantes unas, otras sumidas en la desesperanza por su situación de pobreza; para servirles a todas estamos como Iglesia.

Termino esta carta escrita, pensando en Uds., los laicos de la Zona, con una sensación de claro optimismo. El Concilio ha impulsado al laicado a tomar su legítimo lugar en la Iglesia.

Son muchísimos los que están asumiendo su papel con estimulante generosidad. El Señor se lo pague, y yo con toda sencillez y cariño, les deseo las bendiciones de Dios, enviándoles mi bendición de Obispo y Pastor.

15 de agosto de 1972.

**La misión de la Iglesia:
anunciar a Jesucristo**

LLAMADO DE MONS. ERRAZURIZ PARA UN MEJOR SERVICIO DE IGLÉSIA EN LA ZONA

Don Ismael pensaba publicar esta carta en Pentecostés de 1973. Pero se postergó su publicación hasta la fiesta de Cristo Rey, en la cual se debía realizar un encuentro de todas las Comunidades de Base de la Zona. Hemos recogido el borrador de esta carta. Es su último mensaje en el que repercute el tema de su vida episcopal: "Esperamos en el Dios vivo y salvador de todos".

Después del Concilio Vaticano II, la Iglesia de Santiago celebró un Sínodo Pastoral en 1967-68. Fue un acontecimiento pastoral extraordinario. Se acordaron orientaciones que han ido configurando un nuevo estilo de vivir la Iglesia. Una Iglesia más evangelizadora, más comunitaria y presente en la vida concreta de los chilenos.

Estas orientaciones están también señaladas por las Asambleas de los Obispos chilenos en sus reuniones de Chillán (1968), La Serena (1969), Concepción (1970), Temuco (1971) y Punta de Tralca (1972).

Los Obispos han estado reflexionando sobre el fuerte cambio en el modo de pensar y vivir de los chilenos. Chile se "seculariza", sigue el proceso histórico por el cual la gente se hace más autónoma, lo cual es positivo, pero trae consigo, sin embargo, riesgos para la Fe.

De esta situación surgen interrogantes: ¿Cómo puede la Iglesia cumplir su misión en nuestro tiempo?

¿Cómo puede anunciar, hoy día, la Buena Nueva de Jesucristo y su Mensaje verdaderamente salvador? ¿Cómo vivir la Fe en este mundo secularizado? Quisiera iluminar a los católicos sobre esta problemática.

Ofrezco estas reflexiones, a manera de servicio, pues siento que, como Obispo de la Zona Oriente, debo entregarlas a mis amigos católicos; en la elaboración de estas líneas me ha ayudado eficazmente el Consejo Pastoral de la Zona.

Voy a tratar, sucesivamente, tres puntos:

1. En nuestro Chile de Hoy...
2. ...anunciar la Buena Nueva de Jesucristo...
3. ...vivida en Iglesia.

I. EN NUESTRO CHILE DE HOY

En primer lugar, en nuestra Zona.

Se trata de hacer vida la misión de la Iglesia en la Zona, tal como es hoy día. No pretendo hacer una descripción completa, señalo sólo algunos rasgos.

● Un tejido humano complejo

Nuestra Zona es muy densa en población: 800.000 habitantes, y está urbanizada, casi en su totalidad, con nuevos complejos habitacionales y poblaciones nuevas.

Estos aspectos colectivos de la existencia están impactando fuertemente la vida de los hombres. La vivienda, el trabajo, los establecimientos educacionales, los esparcimientos, los medios de locomoción, condicionan el conjunto humano de una densidad y complejidad considerables.

Éstas realidades colectivas determinan formas de vida muy nuevas. Producen en las personas un estilo de vida "secularizado", deben afrontar con sus propias fuerzas la realidad humana, y se mueven en un terreno humano en el cual puede quedar ausente la dimensión cristiana de la vida.

Al mismo tiempo, tanto colectivismo en la forma de vivir encierra el peligro de autodefender su independencia y de llevar a la soledad, al encerrarse en sí

mismo. Se puede perder la perspectiva de que, humana y cristianamente, nos necesitamos los unos a los otros.

● **Fuertes contrastes**

El contraste entre poblaciones extremadamente pobres y conjuntos habitacionales confortables, agudiza la situación de inseguridad y, por lo tanto, de lucha fuerte por sobrevivir, perdiéndose la noción de un Dios presente en la vida.

● **Situación psicológica**

La difícil situación económica del país angustia a todos, en especial a las madres, dueñas de casa.

La preocupación por el alimento, el vestido, etc.; el cansancio producido por las colas, que traen consigo el descuido del hogar; la inmoralidad del mercado negro; la angustia frente al futuro, producen un ansia de sobrevivir que conlleva una secularización negativa o materialismo, donde los valores del espíritu y de Dios se minimizan peligrosamente.

Por otra parte, ha surgido desgraciadamente un ambiente de odio que envenena las almas. La mentira se convierte en arma de ataque, y se oscurece la verdad, con la cual Cristo se identificó: "Yo soy la verdad". La política, forma noble de búsqueda del bien común, se hace a veces "politiquería", con afán de dominio y poder para aplastar, y lo que debería ser forma de caridad, de servicio a los demás, se hace instrumento de lucha baja. Se lucha, lo cual es legítimo, pero sin respetar la dignidad humana; sea entre poderosos y débiles, sea entre débiles entre sí. Es otra forma de vivir la vida sin Dios, es una secularización negativa.

Estos son algunos elementos de nuestra situación en 1973, y en nuestra Zona.

En medio de estos acontecimientos y en este mundo, viven, en ambientes muy diversos, hombres y mujeres de "buena voluntad" en el sentido evangélico, deseosos de promover un Chile más justo y más fraternal.

Hay jóvenes y adultos que afrontan los conflictos con afán de diálogo y búsqueda de mayor dignidad humana. Confían en la solidaridad. Muchos descubren la importancia de la dimensión política de los problemas humanos para promover el bien de todos. Muchos jóvenes generosos, a través de sus angustiosas búsquedas e incertidumbres, anhelan la verdad.

En forma muy sincera, he querido partir de la realidad, dibujada a grandes rasgos, para reflexionar sobre la misión de la Iglesia, de todos nosotros, en este mundo de hoy.

Es en el corazón mismo de este mundo complejo en el cual todos, Obispo, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, debemos vivir el Evangelio y ser testimonio de Cristo, como luz y vida para todos los hombres y mujeres de la Zona.

II. ANUNCIAR LA BUENA NUEVA DE JESUCRISTO

El Evangelio, hoy día, es una Buena Nueva para todos, ilumina el sentido de nuestra existencia personal y colectiva, nos da el gusto de vivir, nos llama a una esperanza que es fuerza y alegría. Dios es el Salvador. Cristo espera nuestra respuesta.

a) El don de Dios

En la historia, *Alguien* se manifestó. Dios se reveló progresivamente, manifestó sus intenciones de amor al mundo. A través de testigos, de un pueblo de creyentes, llevó a los hombres a descubrir su Verdad. Reveló el sentido de la vida y del universo. Esta manifestación, cuya iniciativa fue de Dios, se llevó a cabo dentro del movimiento mismo de la historia de aquellos hombres y de aquel pueblo.

Luego vino Jesucristo, revelando la plenitud de la Verdad de Dios para con los hombres, expresando la ternura del Padre con cualquier persona, por postergada que ella fuese. Trajo la esperanza que va más allá del fracaso y de la muerte. Cristo nos asegura que todo es posible, más allá de lo que podemos esperar. Esta es la Buena Nueva del Buen Señor.

Esta Buena Nueva es para nuestro mundo de hoy. Dios, que reveló su Nombre, que llegó a ser para

siempre uno de nosotros, nos da su Espíritu para congregarse a los que creen en la Iglesia, que es el don de su amor. Se está construyendo un "Reino de Dios", que es lo mejor para los hombres; un día se realizará en plenitud, cuando ya no habrá más muerte ni dolor. Dios hará todo nuevo y bueno.

Hoy, todos los hombres están llamados a participar en el desarrollo de la creación, para que se asemeje, lo más posible, al plan de amor de Dios. Es el crecimiento del Reino. Esta participación la realizamos unidos al dinamismo de Amor que Dios puso en el mundo.

Este es el impulso creador que suscita el desarrollo pleno de todo hombre y de todos los hombres, particularmente aquellos que están sin voz, sin poder y sin bienes. "La gloria de Dios es el hombre viviente, y la vida del hombre es contemplar a Dios" (San Ireneo).

En el corazón de nuestros esfuerzos y luchas, superando nuestras limitaciones y nuestros pecados, el Espíritu del Resucitado está en nosotros y nos invita a vivir una constante renovación. Es el manantial de agua viva de Cristo.

b) Nuestra respuesta

Lo que Cristo nos pide, al hacernos participar de esta Buena Nueva, es creer en ella con una Fe viva y compartida. Una Fe animada por el dinamismo de la Esperanza que despierta en nosotros, manifestándose en una verdadera caridad.

Hablamos de Fe viva. La profundización de las exigencias de nuestra fe, así como las interpelaciones del mundo en el cual vivimos y en el cual debemos estar activamente presentes, nos manifiestan

que la fe no puede ser una zona reservada en nuestra vida, concerniente sólo a nuestra práctica religiosa y sacramental, y a nuestra vida privada. No hay Fe auténtica si no llena toda la existencia e ilumina todas las actuaciones que la vida exige de nosotros en medio de los hombres de hoy.

Además, en el ámbito personal, la Fe no es sólo un conjunto de nociones sobre Dios, sino una relación viva y personal, que se profundiza cada vez más en el conocimiento de Cristo, que la luz del Espíritu Santo no cesa de renovar en nosotros.

Vivir la Fe exige que cada uno de nosotros se procure el tiempo necesario para la oración personal, la lectura reflexiva del Evangelio y el encuentro sacramental con el Señor.

Esta Fe debemos, también, profundizarla y vivirla juntos, ayudarnos mutuamente a tomar conciencia de todas las exigencias que trae consigo este encuentro vivo de Fe con Dios. Ayudarnos a descubrir las proyecciones que tiene la Fe en nuestra existencia.

Como participantes de la Iglesia, estamos llamados a juntarnos para discernir mejor acerca de la existencia de los hombres, los signos del Espíritu Santo, que nos llaman a responder, impulsados por la Fe, a lo que Dios nos pide hoy.

III. LA BUENA NUEVA ANUNCIADA Y VIVIDA EN IGLESIA

A lo largo de la historia, la Iglesia, tal vez, ha dado la impresión o de querer envolver al mundo o de querer separarse de él. En la línea misma del Evangelio, el Vaticano II la ubica más bien como en el interior del mundo: "Entidad social visible y comunidad espiritual, la Iglesia avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios" (G. et S. 40,2).

Dios está presente en el mundo y en todo hombre. Todo esfuerzo hacia la verdad, la justicia, la paz, la liberación, el amor fraterno, es obra del Señor que incita en el corazón de los hombres la verdad y el bien.

Es muy importante que el Espíritu del Señor sea reconocido; sea descubierta su presencia y su acción. En él se encuentra la única alegría profunda. En la presencia del Señor se descubre el sentido de la vida. Es muy triste vivir sin sentido. En Dios se asegura plenamente el destino del hombre, las riquezas creadoras en su auténtico valor. Los aparentes males de las dificultades de la vida, se transforman en salvadores gracias a Cristo.

La certeza de que Dios está presente y actuando, nos invita a no tener miedo, sino a confiar en los demás y en nosotros mismos. Acogemos los acontecimientos, aun los más difíciles, no como obstáculos para una auténtica salvación, sino como una invitación, siempre nueva, del Señor de la historia, para realizar su salvación, hoy, en nuestra historia humana.

Para que esta salvación se realice, el Señor ha entregado a la Iglesia, pueblo de Dios —Cristo con nosotros—, una misión, un encargo. La Iglesia es comunidad y es misionera. Es unidad y es misión.

a) La Iglesia comunidad

El aspecto visible de la Iglesia, comunidad de creyentes, animados por una misma Fe, se hace presente en la Zona, como en otras partes, en formas y niveles distintos. Después de conocer las distintas formas de agrupación y sus respectivos papeles, voy a indicar el espíritu que deben vivir cada una de ellas, para que realmente tengan verdadero sentido de Iglesia.

1. *Varias formas de agrupación.* Durante mucho tiempo, la Parroquia fue la manera principal y a menudo única para los cristianos, de congregarse. Ella coincidía con la comunidad humana; por ejemplo, el pueblecito del campo. Las transformaciones del mundo urbano y muchos que se sienten lejanos a la realidad parroquial, nos indican que esta coincidencia ya no existe plenamente.

Tenemos que buscar juntos la manera de que las Parroquias en nuestra Zona, en la situación presente, puedan renovarse, para que sean *lugar de encuentro* de los hombres, para ayudarlos a descubrir su salvación en el camino de la vida. Que sean lugares para congregarse y para recibir y compartir la Palabra de Dios. Lugares para expresar lo que

cada uno ha descubierto de las "maravillas de Dios" en la vida. Sitios de recogimiento y de celebraciones litúrgicas comunitarias diversificadas.

En relación con la Parroquia, hay que renovar el esfuerzo para con las personas, jóvenes y adultos, que están en los Colegios y Liceos, para que se integren en una pastoral que revise continuamente el valor educativo en la Fe y la acción apostólica, de los ambientes escolares.

Conscientes de no estar solas para manifestar la presencia de la Iglesia, las Parroquias y las comunidades cristianas tienen que precisar cuáles son las funciones que pueden asumir solas, y los medios de que disponen, teniendo en cuenta los otros esfuerzos apostólicos que existen en los Decanatos y en la Zona, a fin de apoyarse en ellos.

A semejanza de la parábola evangélica de la levadura, hay cristianos que están metidos en plena masa humana, en las diversas realidades del mundo, tratando de suscitar o hacer crecer otra forma de Iglesia, a fin de evangelizar las principales realidades colectivas. Esto es otro esfuerzo que nos parece necesario.

2. *Los Movimientos apostólicos* tienen como preocupación estar presentes en realidades ambientales para evangelizarlas; en ellas desean anunciar la Buena Nueva (M.F.C., A.C.I., Moac, Joc, etc.).

Es cierto que no todos los cristianos están llamados a ser "militantes" de estos movimientos; supone una vocación. Pero es importante que quienes se sienten llamados, se integren a ellos, realizando así una presencia de Iglesia para el anuncio de la Buena Nueva en lugares a los cuales no llega la parroquia.

3. *La juventud* tiene una importancia muy relevante; es la Iglesia de hoy y, especialmente, la de ma-

ñana. La juventud tiene sus características y valores especiales. Hoy ha desarrollado una personalidad acentuada; es audaz y, a la vez, sufre incertidumbres, nacidas del deseo sincero de construir un mundo mejor.

Es importante oír, de parte de los jóvenes, la Palabra de Dios que nos llama a los adultos a descubrir en sus inquietudes, los valores del Evangelio, y a ayudarlos a desprenderse de todo lo que los destruye. Son el nervio de la Iglesia; son la conciencia, muchas veces, de lo que nosotros hemos dejado de hacer.

Debemos apoyar la Pastoral Juvenil en nuestra Zona, y apoyar todos sus generosos esfuerzos para construir el Reino de Dios entre los jóvenes.

4. *Las Comunidades de Base.* En la Zona, desde hace varios años, se está juntando un buen número de cristianos en Comunidades de Base, o pequeños grupos, para vivir la Iglesia como familia-comunidad, mejor que en asambleas vastas y heterogéneas.

Esta realidad, nueva y providencial, responde a la necesidad de los cristianos, especialmente en este mundo masificado, de reunirse en fraternidad para vivir juntos la Fe, la alegría de la Esperanza Cristiana, y la Caridad entre ellos al servicio de los demás, en los lugares en los cuales trabajan y viven.

La promoción de estas comunidades debe ser *nuestro esfuerzo prioritario*, para que nuestra Iglesia sea en verdad comunidad, como el Señor la fundó, y no una suma de individuos encerrados en sí mismos. Gracias a Dios, ya se está experimentando, en muchos sectores, el fruto reconfortante de estas Comunidades Cristianas de Base.

b) La Iglesia en misión

Todos los hombres, para su propio bien, están invitados por Cristo a formar parte del pueblo de Dios. Por lo tanto, no basta que nosotros, que ya hemos descubierto al Señor presente y actuando en nuestras vidas, nos juntemos entre nosotros para vivir la comunión a la cual nos ha llamado, a la comunión con él.

Si este descubrimiento ha llegado a ser verdaderamente una "Buena Nueva" para nosotros, no podemos guardarlo. El mismo Señor nos entregó una misión: "Vayan al mundo entero, proclamen el Evangelio a todo el mundo" (Mc. 16,15). No dijo: "Esperen a que los hombres vengan a pedirles la Buena Nueva". Tenemos que compartir con ellos la Buena Nueva, así como compartimos su existencia.

En el tejido de nuestras relaciones humanas, cada uno de nosotros está vinculado a todo un pueblo, en el cual está llamado a dar testimonio del Señor. Los vínculos de dependencia recíproca que nos impone la vida en nuestra Zona, tan urbanizada, aparecen como una riqueza en nuestra tarea de ser testigos del Señor. No basta, en efecto, con que cada uno por su cuenta se esfuerce en dar un testimonio evangélico aisladamente. En el corazón de la vida colectiva, la Iglesia entera, a todos los niveles, en la diversidad de sus comunidades, movimientos, grupos, como en cada uno de sus miembros, debe dar testimonio de la seriedad del Evangelio y de la Verdad de Dios.

La Iglesia se hace presente como es, compuesta por cristianos de distintas culturas, opciones políticas frente a un Chile también dividido en múltiples posiciones. Así es la Iglesia, así es el mundo.

Lo importante es que la Iglesia mantenga la caridad

para que exista, en su interior, capacidad para escucharse unos a otros, de comprenderse y de ayudarse.

Es importante que la Iglesia respete la pluralidad del mundo, las distintas posiciones de los hombres, y que allí sepa manifestar el Evangelio.

La Iglesia debe escuchar a san Pablo: "Encima de todo aquello, revistan la caridad que es el vínculo de la perfección, y que reine en sus corazones la Paz de Cristo a la cual han sido llamados para formar un solo cuerpo" (Col. 3,14).

e) Un verdadero espíritu de Iglesia

Como últimas reflexiones que les entrego, voy a indicar *tres condiciones* que me parecen importantes para la vida auténticamente cristiana de toda comunidad, a cualquier nivel:

a) *No identificar la Fe con nuestras opciones humanas.* La Fe no es una justificación de posiciones partidistas, sean políticas o de cualquier tipo. Debemos dejarnos interpelar por la Fe, por todo el Evangelio, no por la parte que justifica nuestra posición. Importa mucho la fidelidad a Cristo; no instrumentalizar a Cristo y a su Evangelio; ésta, aunque nos duela, es la única manera de lograr la salvación total.

b) *Apertura a los demás:* a las personas, u otros grupos, con un amor especial a los postergados, a los oprimidos, a los que sufren las consecuencias de la injusticia o del poder del dinero. No coloquemos etiquetas políticamente ofensivas. Ayudemos a que en Chile se extinga el odio, porque, de otra manera, acabará matándonos a todos en el alma y en el cuerpo. "Quien a espada mata, a espada morirá", dijo el Señor, y hay muchas clases de espadas para destruir.

c) Los convido a unirse cada vez más conmigo, Obispo, en la pastoral. Ayudando al Señor Cardenal, tengo la misión de construir la Iglesia en la Zona. Solo, no puedo realizarlo, pero con el Señor y con ustedes, sí. Debo ser el servidor de ustedes, para producir la unidad, descubriendo la riqueza de los distintos valores o carismas de personas y grupos; conseguir la unidad dentro de la pluralidad.

Estoy muy agradecido por la colaboración que recibo en cada momento, por parte de los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos de la Zona; sigamos creciendo cada vez más en solidaridad espiritual, apostólica y económica, para ofrecer a la Zona el testimonio de una Iglesia comunitaria auténtica.

Me atrevo a acudir, con sencillez, a las palabras del Apóstol san Juan, Obispo de la primitiva Iglesia: "Lo que hemos visto y oído, lo damos a conocer a ustedes, para que estén en comunión con nosotros, con el Padre y con su Hijo Jesucristo; y les escribimos esto para que tengan alegría perfecta" (1 Juan 1,3).

* * *

He aquí, amigos, lo que deseaba decirles para invitarlos a todos a ser obreros activos del Reino de Dios. Me he dirigido afectuosamente y en forma especial a ustedes, laicos de la Zona, miembros vivos del Pueblo de Dios, sobre cuya misión reflexioné en la carta del año pasado.

La disminución de las vocaciones y las numerosas necesidades apostólicas en el Chile de hoy, hacen que ustedes estén más presentes, junto con nosotros: Obispo, sacerdotes y religiosos, en la renovación de nuestra Iglesia, para servir mejor al mundo. Todos

juntos debemos tomar nuestro lugar en el Chile que se transforma, a fin de hacerlo más justo, más fraterno, y trabajar en el progreso según los designios de Dios.

Estas líneas van dirigidas, también, a los queridos hermanos sacerdotes diocesanos y religiosos, así como a las religiosas; pues, todos unidos, formamos el Pueblo de Dios.

Los invito a todos a participar con alegría en la misión de la Iglesia.

La dimensión colectiva de los complejos habitacionales y la explosión demográfica en nuestra Zona, pueden parecer a ustedes algo temible. En realidad, este aspecto obligatoriamente comunitario de la existencia en nuestra Zona es una suerte para la evangelización. Si el amor personal que nos manifiesta el Señor, es único, Dios en cambio no nos salva aisladamente, sino en forma de pueblo, este Pueblo de Dios que es hoy día la Iglesia, invitada a dilatarse a las dimensiones de la humanidad, hasta el fin de los tiempos. No perdamos, entonces, nuestro tiempo. Dejémonos conducir por Dios y respondámosle con todo nuestro corazón, nuestra mente y nuestras fuerzas.

Ismael Errázudiz G.
Obispo Auxiliar de Santiago

Pentecostés de 1973.

I N D I C E

LA MISION DEL SACERDOTE EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

I. Las dos dimensiones de la Iglesia: unidad y misión evangelizadora	13
a. Construir la unidad	14
b. Evangelizar al mundo	15
Misión del sacerdote	
a. Formador de la Unidad Comunitaria de la Iglesia. Comunidades de Base	18
b. Evangelizador. Formador de la Fe. Formación de laicos	19
El sacerdote no realiza solo las misiones de formar la Iglesia comunitaria y evangelizadora	
a. Unidad entre los sacerdotes	21
b. Unidad con el Obispo	22
c. Unidad con los laicos	23
II. Consecuencias pastorales de la doctrina expuesta	25
a. El sacerdote debe dar prioridad a la formación de comunidades de base y a la formación de los laicos	25
b. Para la mejor eficacia de estas prioridades, es preciso revisar las estructuras pastorales. Criterios para la revisión	25
c. Problemas existenciales	26

LA MISION DEL LAICO EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

I. ¿Qué es un laico adulto en la fe?	32
1. El laico es un miembro del pueblo de Dios (la Iglesia)	32
2. El laico debe ser hombre de fe madura. Adulto en la fe	34
a. Laico comprometido con Cristo	34
b. Laico comprometido con la Iglesia	35
c. Laico comprometido con Chile	36
II. Misión del laico y del laicado en la vida y en la actividad de la Iglesia	38
1. El hogar familiar	38
2. La Parroquia, el Decanato, la Zona	39
3. Actitud Misionera en los ambientes de vida cristiana	41

III. Misión del laicado en Chile

1. El desarrollo, en Chile, participación en la creación de Dios ..	43
2. La liberación: participación en la Redención	44
3. Cómo vivir estas dos dimensiones: participación en la creación y en la Redención	45

IV. Condiciones espirituales de la vida apostólica del laico

1. Diálogo con Dios	47
2. El diálogo con los hombres	48
3. Diálogo entre las comunidades	49
4. La colaboración con los sacerdotes	50

LA MISION DE LA IGLESIA: ANUNCIAR A JESUCRISTO

I. En nuestro Chile de hoy

Un tejido humano complejo	57
Fuertes contrastes	58
Situación psicológica	58

II. Anunciar la Buena Nueva de Jesucristo

a. El don de Dios	60
b. Nuestra respuesta	61

III. La Buena Nueva anunciada y vivida en Iglesia

a. La Iglesia comunidad	64
b. La Iglesia en misión	67
c. Un verdadero espíritu de Iglesia	68